Turismo|12
SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 12 DE ENERO DE 2003

TALAMPAYA

Una visita al grandioso laberinto de murallas de piedra del Parque Nacional riojano

TURISMO RURAL *Estancias bonaerenses y entrerrianas*

Verano en el campo

Una escapada de fin de semana al campo es una muy buena opción en esta temporada de verano. Entre las múltiples propuestas de turismo rural, un informe sobre tres establecimientos, cada uno con su propio perfil. En Capilla del Señor, La Encantada y sus vuelos en globo; en las afueras de Pigüé, el estilo francés de La Lucía, y en Entre Ríos, la estancia El Vigilante, cerca de Concepción del Uruguay.



La Encantada. El casco principal, con gruesas paredes de ladrillo y adobe, data de 1856.

POR JULIAN VARSAVSKY

En los últimos años el turismo de estancias se ha consolidado como un clásico para quienes optan por el descanso y la buena comida, rodeados de una atmósfera del siglo XIX que sobrevive en mobiliarios, carretas, aljibes e historias de malones y terratenientes que aún resuenan entre las paredes de adobe de los antiguos cascos. En las provincias de Buenos Aires y Entre Ríos existen más de un centenar de establecimientos de campo reacondicionados para el turismo. A continuación un informe con tres opciones de distinto perfil.

CON ESTILO FRANCES En la provincia de Buenos Aires, 560 kilómetros al sudoeste de la Capital Federal, y en las afueras de la ciudad de Pigüé, la estancia La Lucía ofrece la posibilidad de combinar los días de campo con las sierras y el aire puro de la zona. Su historia se remonta a uno de los inmigrantes franceses que poblaron Pigüé a fines del siglo XIX: Augusto Champredonde. Hoy en día, sus nietos y bisnietos reciben huéspedes en el antiguo casco de la estancia, una antigua "maison" francesa con ladrillos a la vista que data de 1927.

Un camino flanqueado por dos hileras de árboles que forman una verdadera bóveda vegetal precede al casco de la estancia, donde sobresale una torre con techo cónico que evoca la imagen de un castillo de hadas. Al casco se ingresa por una sala ocupada por una vieja mesa de billar, y tras una alta puerta de dos alas hay un luminoso living con antiguos sillones y un hogar a leña de estilo art-déco. El decorado incluye un piano y una vitrola a manivela de principio de siglo XX, donde aún se escuchan viejos discos de tango. En algunos cuartos, con piso de madera, también hay armarios y camas de diseño art-déco, y en otros todavía cuelgan del techo aquellas lámparas con flecos de mostacillas y se mantienen intactos muebles art nouveau. Cada detalle del confort y la decoración están finamente cuidados, desde los enormes y esponjosos toallones hasta los jabones aromáticos del baño y los almohadones de seda sobre la cama.

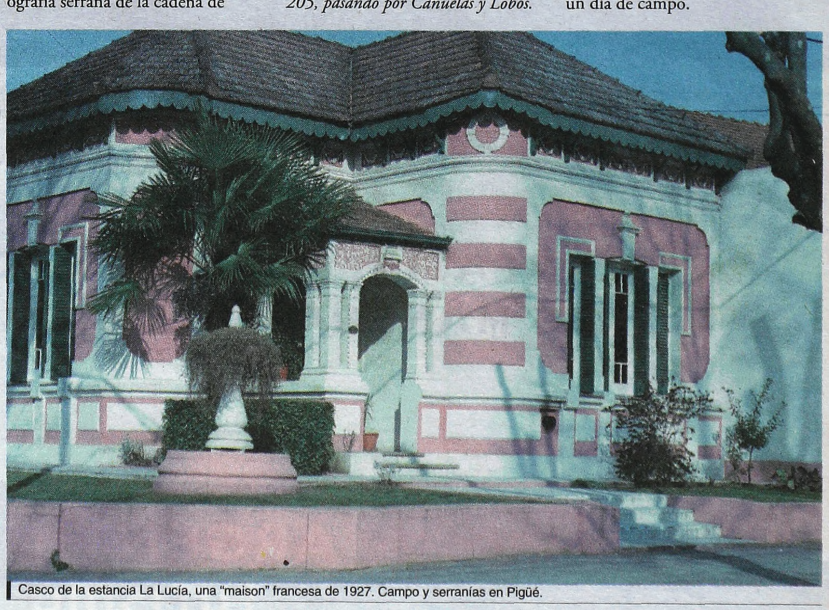
La comida es un capítulo aparte en La Lucía. Predomina el gusto francés, por supuesto, representado por las crêpes de jamón y queso, el lomo al champignon y el carré de cerdo. Siempre está planificado un asado para alguno de los almuerzos, así como tallarines caseros con diferentes salsas tradicionales o agridulces. Pero el plato mayor, con el que la señora Carmen Champredonde cosecha los mayores halagos, es la fondue de queso con trocitos de pan, salchichas y peras secas. Y al despertar por la mañana, en el comedor nos espera un suculento desayuno con pan casero endulzado, dulce de leche y de ciruelas, mermelada de membrillo y miel azucarada, todo de producción propia de la estancia.

Un aspecto distintivo de esta estancia son sus cabalgatas por la geografía serrana de la cadena de Ventania. A través de caminos entre las plantaciones de trigo, girasol y soja de La Lucía, que también produce ganado vacuno, ovino y porcino, se puede llegar hasta la cima de la sierra donde se ve el pico Curamalal (1040 m.s.n.m.), el más alto de la zona. Hay quienes optan por el sulky o eligen caminar por las vastas extensiones y subir entre las rocas hasta la parte más alta.

Cómo llegar: *El tren de Ferrobaires une Constitución con Pigüé los días lunes, miércoles y viernes a las 21.10, y llega a Pigüé a las 6.53. La opción más recomendable es viajar en los confortables coche-dormitorio, con cama y lavamanos, para dormir toda la noche del viernes y llegar a Pigüé el sábado a la mañana. Este servicio cuesta $ 31,50. La clase turista cuesta $ 14; primera, $ 15,50 y pullman $ 19 (los jubilados tienen 35% de descuento, los menores de 13 años un 50% y los estudiantes primarios, secundarios y universitarios, un 35%). Informes al teléfono: 02923-476449. En auto se llega a Pigüé por la ruta 205, pasando por Cañuelas y Lobos. Luego se sigue por la ruta 65 pasando por Saladillo, Bolívar, Daireaux y Guaminí, donde en la rotonda se toma la Ruta Nacional 33 hasta Pigüé.*

Precios: *El alojamiento con pensión completa cuesta $ 90 por persona (incluye desayuno, almuerzo, merienda, cena, caminatas guiadas por las sierras, paseos a caballo y en sulky). El alojamiento con media pensión cuesta $ 75. Niños de 3 a 12 años pagan $ 70 ($ 55 m/p). Hasta 3 años, sin cargo. Estancia La Lucía. Tel.: 02923-475165 e-mail: piguetours@ 8.coopenet.com.ar Sitio web: www. pigueturismo.com.ar*

LA ENCANTADA La casa de campo La Encantada se distingue, entre otras cosas, por el hecho de que si el huésped tiene un antojo tan excéntrico como hacer un viaje en globo, los anfitriones podrán darle ese gusto (cuesta $ 150). Además de volar y observar el espectáculo, el visitante puede alojarse en las cómodas habitaciones de La Encantada, o simplemente pasar allí un día de campo.



Casco de la estancia La Lucía, una "maison" francesa de 1927. Campo y serranías en Pigüé.

Desde La Lucía, cabalgatas y paseos en sulky por las sierras de la cadena de Ventania.

El casco principal, con gruesas paredes de ladrillo y adobe, data de 1856. La fachada presenta un estilo italiano y las tejas de Marsella son las originales del siglo XIX, cuando funcionaba aquí la feria de remates de hacienda Pedro y Antonio Lanusse.

Un extenso parque con un molino y un bosque de eucaliptos centenarios de 35 metros rodea el casco. Alrededor, sobre un césped digno de un campo de golf, crecen árboles de cítricos y un pequeño cañaveral. Los habitantes del jardín son los pavos reales, las vacas lecheras, las ovejas y los caballos. Ciertos visitantes llegan a pasar el día atraídos por la piscina rodeada de pinos, y los niños disfrutan de diversiones a su medida como pasear en un pony.

Una huerta a salvo de productos químicos es el orgullo de La Encantada, y sus vegetales acompañan las comidas del restaurante, cuyos enormes ventanales ofrecen una panorámica de todo el parque. La gastronomía de esta posada es famosa en la zona, y hay clientes que vienen solamente a comer. Su dueña, Marcela Grinberg, se encarga personalmente de la cocina y se especializa en platos como pollo con salsa de naranjas (ambos ingredientes producidos en la chacra propia), lomo al champignon (los hongos crecen naturalmente en los jardines) y diversos platos de carne blanca rociada con salsas de hierbas aromáticas. Y como en toda estancia que se precie, los asados al aire libre son un clásico de los domingos. Para los postres se puede paladear un marquisse de chocolate, crêpes de ricota, tarta de manzana o un vaso de yogur fresco (todo de producción casera).

Cómo llegar: *La empresa Trébol Express ofrece un servicio de combis que llegan directamente hasta La Encantada. El pasaje cuesta $ 12 y parten desde Marcelo T. de Alvear y Callao los sábados y domingos. Antes se debe reservar al teléfono 4774-5633 02323-492471. En auto se llega por la Ruta Panamericana (ramal Pilar). Luego se debe tomar la Ruta Nacional 8 hasta el kilómetro 68,5 y allí doblar a la derecha en la ruta 39 hasta Capilla del Señor. También se llega en tren desde Retiro.*

Precios: *Pasar un día de campo en La Encantada cuesta $ 28 (menores de 10 años, $ 15) incluyendo almuerzo, merienda, cabalgata y acceso a la pileta en verano. Pasar el fin de semana (con una noche de alojamiento y pensión completa sin bebidas hasta el domingo a la tarde) cuesta $ 120 (menores de 10 años $ 60). Incluye dos almuerzos, una cena, dos meriendas y cabalgata. Alojarse con pensión completa de sábado a la mañana a domingo a la mañana cuesta $ 90. Los días de semana la opción anterior cuesta $ 75.*

Tel.: 02323-492063 E-mail: laencantada@webnet.com.ar

EL VIGILANTE A 260 kilómetros de Buenos Aires, cerca de la ciudad entrerriana de Concepción del Uruguay, la estancia El Vigilante es una buena base para recorrer los diferentes destinos turísticos de la zona, entre ellos el Palacio San José, que perteneciera al general Urquiza. A diferencia del común de las estancias, El Vigilante ofrece la alternativa de utilizarla como hotel (sin las comidas, salvo el desayuno) a un precio de $ 40 por persona, lo cual es ideal para quienes desean alternar días de playa y de pesca con la visita al Palmar de Colón.

El Vigilante está a 25 kilómetros de Concepción del Uruguay, una distancia prudencial como para sentirse realmente en medio del campo. En El Vigilante el huésped está en contacto todo el tiempo con la actividad agrícola ganadera que se viene desarrollando aquí desde 1928, cuando el padre de los dueños actuales –la familia Moras– adquirió 1000 hectáreas de una estancia mucho mayor, donde pastorean vacas, ovejas y caballos. El sector que comprende la estancia actual correspondía al puesto de vigilancia del original latifundio. A 200 metros del casco central –de estilo californiano– hay una pequeña laguna artificial con algunos patos junto a un bosquecillo donde cuatro ñandúes se dedican a picotear el suelo de la mañana a la noche.

El Vigilante tiene capacidad para 12 visitantes distribuidos entre el casco central y la casa de huéspedes, alojados en cómodas habitaciones con hogar a leña. Además de las cabalgatas por la estancia, se hacen paseos en sulky e incluso se puede aprender algunas labores de campo como ordeñar una vaca, enlazar o arrear ovejas, quizá lo que más divierte a los chicos. También hay una piscina y un espacio para jugar al crocket y al sapo.

Las arboledas que rodean el casco ofrecen la abundante sombra de colosales magnolias, eucaliptus, paraísos y cedros. Al fondo se extienden los campos verdes sin árboles donde sobresalen apenas cinco palmeras yatay.

Durante la estadía el plato más esperado es el célebre corderito asado, servido al aire libre bajo los árboles. La noche es el momento de las pastas, con tallarines y canelones de verdura. Y para los postres llegan un delicioso flan casero y los panqueques con dulce de leche.

Cómo llegar: *Desde Buenos Aires, por la Autopista del Sol hasta Campana. Luego se deben tomar las rutas 12 y 14 hasta Zárate-Brazo Largo, Gualeguaychú y seguir rumbo a Concepción del Uruguay (ver plano en sitio web).*

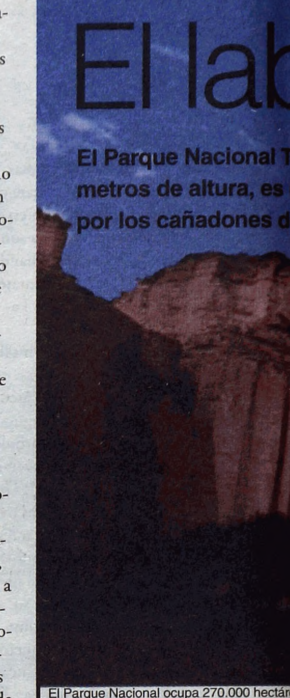
Precios: *El alojamiento con pensión completa cuesta $ 110 por persona ($ 85 media pensión). Un paquete de dos días y una noche, con pensión completa, cuesta $ 130 por persona ($ 110 media pensión). El alojamiento con desayuno cuesta $ 40 por persona.*

Tel.: 03442-422135 e-mail: elvigilante@ciudad.com.ar Sitio web: www.sectur.gov.ar/estancs/vigilan/index.htm



Pileta y una añosa arboleda en el parque de la estancia entrerriana El Vigilante.

POR GRACIELA CUTULI



El Parque Nacional ocupa 270.000 hectáre

Muy temprano por la mañana, apenas el parque abre sus puertas, los cañadones de piedra de Talampaya parecen despertar de un largo letargo. La oscuridad de la noche, que aquí es siempre diáfana, no tarda en disiparse para dar paso a un sol que no abandonará a los excursionistas en todo el recorrido: es verano, la época en que el clima exige más resistencia y agua en las mochilas, pero el espectáculo que está a punto de comenzar no tiene comparación. En estos paredones de piedra aparentemente desiertos, que se formaron hace cientos de millones de años, hay todo un mundo oculto por descubrir.

RUMBO AL DESIERTO ROJO Talampaya tiene su propio color, un ocre rojizo que con el sol torna del dorado al bermellón. Para apreciarlo en todos sus matices, hay 270.000 hectáreas de parque, a las que sólo se puede acceder guiados por especialistas (y no en su totalidad, ya que hay grandes extensiones totalmente protegidas). Los turistas que se van reuniendo desde temprano se concentran en el playón de entrada: allí eligen su excursión, que tanto puede ser en bicicleta como en camioneta 4x4, con una duración que oscila entre uno y cinco días. Otros prefieren acampar junto a la misma entrada, donde hay un pequeño kiosco y algunos artesanos ofrecen sus productos a los visitantes (son famosos los cuchillos, además de las tallas en madera, los dulces y otras especialidades de la gastronomía regional).

Es sabido que Talampaya, en La Rioja, y el Valle de la Luna, en San Juan, forman parte de una misma cuenca arqueológica: con tiempo se los puede recorrer en conjunto, aunque cada provincia los haya convertido separadamente en caballito de batalla de su promoción turística. Hay también quienes los distinguen de otra forma, afirmando que Ischigualasto se destaca más por su "valor científico" y Talampaya por sus paisajes, pero es difícil

Graciela Cutul


En el playón de entrada, los artesanos ofrecen cuchillos, dulces y otros productos regionales

PARQUES NACIONALES *En La Rioja, el monumental Talampaya*

El laberinto de piedra

El Parque Nacional Talampaya, cuyas imponentes paredes de roca lisa alcanzan hasta 120 metros de altura, es uno de los tesoros del Noroeste argentino. Allí es posible adentrarse por los cañadones donde la naturaleza talló las más caprichosas formas imaginables.

Graciela Cutuli

El Parque Nacional ocupa 270.000 hectáreas, a las que sólo se puede acceder guiados por especialistas.

POR GRACIELA CUTULI

Muy temprano por la mañana, apenas el parque abre sus puertas, los cañadones de piedra de Talampaya parecen despertar de un largo letargo. La oscuridad de la noche, que aquí es siempre diáfana, no tarda en disiparse para dar paso a un sol que no abandonará a los excursionistas en todo el recorrido: es verano, la época en que el clima exige más resistencia y agua en las mochilas, pero el espectáculo que está a punto de comenzar no tiene comparación. En estos paredones de piedra aparentemente desiertos, que se formaron hace cientos de millones de años, hay todo un mundo oculto por descubrir.

RUMBO AL DESIERTO ROJO Talampaya tiene su propio color, un ocre rojizo que con el sol torna del dorado al bermellón. Para apreciarlo en todos sus matices, hay *270.000* hectáreas de parque, a las que sólo se puede acceder guiados por especialistas (y no en su totalidad, ya que hay grandes extensiones totalmente protegidas). Los turistas que se van reuniendo desde temprano se concentran en el playón de entrada: allí eligen su excursión, que tanto puede ser en bicicleta como en camioneta 4x4, con una duración que oscila entre uno y cinco días. Otros prefieren acampar junto a la misma entrada, donde hay un pequeño kiosco y algunos artesanos ofrecen sus productos a los visitantes (son famosos los cuchillos, además de las tallas en madera, los dulces y otras especialidades de la gastronomía regional).

Es sabido que Talampaya, en La Rioja, y el Valle de la Luna, en San Juan, forman parte de una misma cuenca arqueológica: con tiempo se los puede recorrer en conjunto, aunque cada provincia los haya convertido separadamente en caballito de batalla de su promoción turística. Hay también quienes los distinguen de otra forma, afirmando que Ischigualasto se destaca más por su "valor científico" y Talampaya por sus paisajes, pero es difícil establecer diferencias de ese tipo en parques que tienen tanta riqueza y proximidad geológica. A lo largo de millones de años, el sitio de Talampaya fue duramente trabajado por la naturaleza: el observador atento puede ver las huellas de erupciones, derrumbes, avalanchas, y sobre todo el resultado de una lenta pero fina erosión debida al agua y al viento. El resultado son paredes de roca, acumulaciones y capas de piedra donde cada matiz de color, cada pliegue, tiene algo para contar.

La excepcional aridez que reina en el parque nacional permitió además conservar las huellas de la vida prehistórica, no a través de los fósiles en sí, sino a través de las trazas, marcas y pisadas que quedaron impresas en el paisaje. Hoy día una disciplina apasionante –la icnología– estudia estas huellas, y pudo comprobar que hace millones de años, cuando el clima en Talampaya era de extraordinaria calidez y humedad, aquí vivían todo tipo de organismos: sobre todo peces y crustáceos en un antiguo lago, que se supone tenía unos 30 metros de *profundidad, pero también* insectos y otras especies en el fértil bosque circundante. No hay aún, sin embargo, huellas de los dinosaurios que probablemente también hayan habitado en esta zona, como en el vecino Ischigualasto, considerado un auténtico Jurassic Park.

Graciela Cutuli



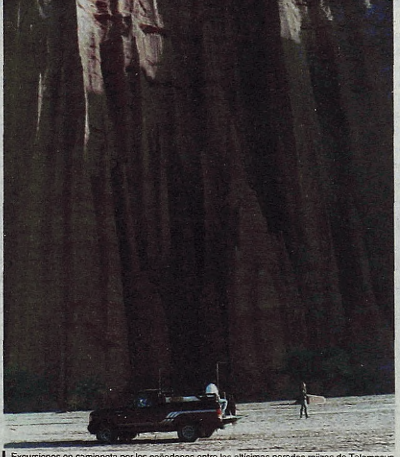
En el playón de entrada, los artesanos ofrecen cuchillos, dulces y otros productos regionales.

ROCA DONDE HUBO UN RIO A simple vista se puede advertir que el parque nacional ocupa el lugar donde corría antiguamente el río Talampaya, cuyas aguas tallaron lentamente el cañón sobre la zona conocida como Sierra de los Tarjados. Aquí viven guanacos, zorros grises, hurones, maras, ardillas serranas, liebres y pumas, aunque hay que tener paciencia y poco de suerte para avistarlos. En el lugar donde comienzan las visitas, la Puerta del Cañón y el Cañón del río Talampaya, se pueden divisar cóndores. El sector conocido como Jardín Botánico agrupa las especies más comunes del parque, que se verán a lo largo de todos los recorridos: retamas, cardones, chañares, algarrobos. Son plantas especialmente resistentes y preparadas para acumular y aprovechar al máximo las escasas aguas que pueden conseguir en estas tierras áridas.

Durante los recorridos, se camina por lo que fue el lecho del río, y la experiencia es sin duda apasionante: a los pies, el barro seco apenas recuerda lo que es el agua –pero cuando llueve se vuelve rápidamente intransitable–, mientras a ambos lados los gigantescos paredones de roca intimidarían a cualquier experto en escalar las laderas más lisas del mundo. A lo largo de los distintos circuitos, se ven las rocas de las formas más caprichosas: el Pesebre, la Catedral, el Monje, el Tablero de Ajedrez, el Cóndor de Piedra, el Rey Mago, el perfil de Cristo. Es innegable que la majestuosidad y el silencio del paisaje imponen a los visitantes una cierta idea de superioridad

(Sigue en la página/6)

Rafael Yohai



Excursiones en camioneta por los cañadones entre las altísimas paredes rojizas de Talampaya.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Desde La Rioja por RN 38 hasta Patquía, seguir por RN 150 y luego RP 26. Son en total 230 kilómetros desde la capital provincial.

Horario de visita: Todos los días de 8 a 17.

Ingreso: $ 3 por persona (consultar por descuentos a jubilados y menores de 12 años). Los niños de hasta seis años no pagan entrada. El derecho a acampar en el centro de interpretación cuesta $ 2 por carpa (ofrece servicios de duchas y baños).

Excursiones: Los distintos circuitos en camioneta llevan a grupos de hasta 8 personas, y varían entre $ 40 (dos horas hasta El Monje) y $ 130 (nueve horas hasta Ciudad Perdida). Las camionetas salen de 9 a 17, *también se realizan circuitos* en bicicleta de 9 a 15.

Guardaparque: Jorge Romero Dindor. Tel.: (03825) 470356 / 470241. E-mail: *talampaya@infovia.com.ar*

Más información: Dirección Provincial de Turismo de La Rioja: Avenida Presidente Perón 401. Tel.: (03825) 42-2648.





Graciela Cutuli

s, a las que sólo se puede acceder guiados por especialistas.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Desde La Rioja por RN 38 hasta Patquía, seguir por RN 150 y luego RP 26. Son en total 230 kilómetros desde la capital provincial.

Horario de visita: Todos los días de 8 a 17.

Ingreso: $ 3 por persona (consultar por descuentos a jubilados y menores de 12 años). Los niños de hasta seis años no pagan entrada. El derecho a acampar en el centro de interpretación cuesta $ 2 por carpa (ofrece servicios de duchas y baños).

Excursiones: Los distintos circuitos en camioneta llevan a grupos de hasta 8 personas, y varían entre $ 40 (dos horas hasta El Monje) y $ 130 (nueve horas hasta Ciudad Perdida). Las camionetas salen de 9 a 17, también se realizan circuitos en bicicleta de 9 a 15.

Guardaparque: Jorge Romero Dindor. Tel.: (03825) 470356 / 470241. E-mail: *talampaya@infovia.com.ar*

Más información: Dirección Provincial de Turismo de La Rioja: Avenida Presidente Perón 401. Tel.: (03825) 42-2648.

establecer diferencias de ese tipo en parques que tienen tanta riqueza y proximidad geológica. A lo largo de millones de años, el sitio de Talampaya fue duramente trabajado por la naturaleza: el observador atento puede ver las huellas de erupciones, derrumbes, avalanchas, y sobre todo el resultado de una lenta pero fina erosión debida al agua y al viento. El resultado son paredes de roca, acumulaciones y capas de piedra donde cada matiz de color, cada pliegue, tiene algo para contar.

La excepcional aridez que reina en el parque nacional permitió además conservar las huellas de la vida prehistórica, no a través de los fósiles en sí, sino a través de las trazas, marcas y pisadas que quedaron impresas en el paisaje. Hoy día una disciplina apasionante –la icnología– estudia estas huellas, y pudo comprobar que hace millones de años, cuando el clima en Talampaya era de extraordinaria calidez y humedad, aquí vivían todo tipo de organismos: sobre todo peces y crustáceos en un antiguo lago, que se supone tenía unos 30 metros de profundidad, pero también insectos y otras especies en el fértil bosque circundante. No hay aún, sin embargo, huellas de los dinosaurios que probablemente también hayan habitado en esta zona, como en el vecino Ischigualasto, considerado un auténtico Jurassic Park.

ROCA DONDE HUBO UN RIO A simple vista se puede advertir que el parque nacional ocupa el lugar donde corría antiguamente el río Talampaya, cuyas aguas tallaron lentamente el cañón sobre la zona conocida como Sierra de los Tarjados. Aquí viven guanacos, zorros grises, hurones, maras, ardillas serranas, liebres y pumas, aunque hay que tener paciencia y poco de suerte para avistarlos. En el lugar donde comienzan las visitas, la Puerta del Cañón y el Cañón del río Talampaya, se pueden divisar cóndores. El sector conocido como Jardín Botánico agrupa las especies

Rafael Yohai



Excursiones en camioneta por los cañadones entre las altísimas paredes rojizas de Talampaya.

más comunes del parque, que se verán a lo largo de todos los recorridos: retamas, cardones, chañares, algarrobos. Son plantas especialmente resistentes y preparadas para acumular y aprovechar al máximo las escasas aguas que pueden conseguir en estas tierras áridas.

Durante los recorridos, se camina por lo que fue el lecho del río, y la experiencia es sin duda apasionante: a los pies, el barro seco apenas recuerda lo que es el agua –pero cuando llueve se vuelve rápidamente intransitable–, mientras a ambos lados los gigantescos paredones de roca intimidarían a cualquier experto en escalar las laderas más lisas del mundo. A lo largo de los distintos circuitos, se ven las rocas de las formas más caprichosas: el Pesebre, la Catedral, el Monje, el Tablero de Ajedrez, el Cóndor de Piedra, el Rey Mago, el perfil de Cristo. Es innegable que la majestuosidad y el silencio del paisaje imponen a los visitantes una cierta idea de superioridad ▶

(Sigue en la página/6)

(Viene de la página 5)

que, como en otros paisajes semejantes de la Argentina, se traduce en nombres de tono religioso. Pero otras veces, ni el más escéptico puede negar la claridad de la forma dibujada en la piedra por la naturaleza, como en la célebre figura del camello y el Rey Mago que identifica al parque nacional en los escudos de sus guardianes.

ECOS DE LA CIUDAD PERDIDA Otro de los momentos emocionantes de la visita a Talampaya, tal vez uno de los más esperados, es el eco de Las Canaletas. Imagen tradicional del parque, esta hendidura vertical en la roca tiene la curiosa propiedad de devolver las voces con claridad absoluta, a varios segundos de distancia. Más allá, en el sector de Los Pizarrones, los indígenas que poblaron Talampaya (las culturas ciénaga y aguada) dejaron representaciones gráficas de la fauna de la zona. Bien puesto está el nombre de Los Pizarrones, ya que se trata de un largo mural de más de 10 metros, situado sobre la margen derecha de lo que fue el lecho del río. Los indios dejaron, además de las pinturas rupestres, otras huellas: morteros tallados en la piedra, urnas funerarias y hasta restos de antiguas casas conservadas también gracias a la sequedad del clima riojano.

Más lejos, los circuitos que se adentran con tiempo en el parque llevan hasta Los Cajones, y luego hacia las formaciones triásicas del río Los Chañares. Desde allí se llega a Ciudad Perdida, el nombre con que se conoce a una gran depresión –tiene unos dos kilómetros de diámetro– dominada por el Mogote Negro, una roca de basalto que se levanta entre los cañones de ríos internos y un curioso laberinto. Desde el Mogote Negro se divisa todo el cráter de Ciudad Perdida: es un espectáculo impresionante reservado a quienes se hayan internado hasta el corazón de Talampaya, desafiando el calor, para tratar de arrancar los secretos que las piedras guardan celosamente desde hace millones de años.

Graciela Cutuli

Grandes extensiones del parque están totalmente protegidas y, por lo tanto, vedadas al turismo.

ESPAÑA *Barcelona y Gaudí*

El año del

POR JORGE PINEDO

Durante todo 2002, Cataluña festejó los 150 años del genial arquitecto. Homenajes, conferencias, exposiciones, pero por sobre todo la apertura al público del conjunto de las obras del arquitecto que revolucionó la estética hicieron del Año Internacional Gaudí un pretexto insuperable para zambullirse en el espíritu catalán. Aunque ya hayan finalizado las celebraciones, Barcelona sigue siendo inseparable de Gaudí.

Sello incomparable e inconfundible de Barcelona en particular y de Cataluña en especial, la obra de Antonio Gaudí es una ventana abierta hacia mundos imaginarios, oníricos y misteriosos que el genial artista hizo materia, forma habitable.

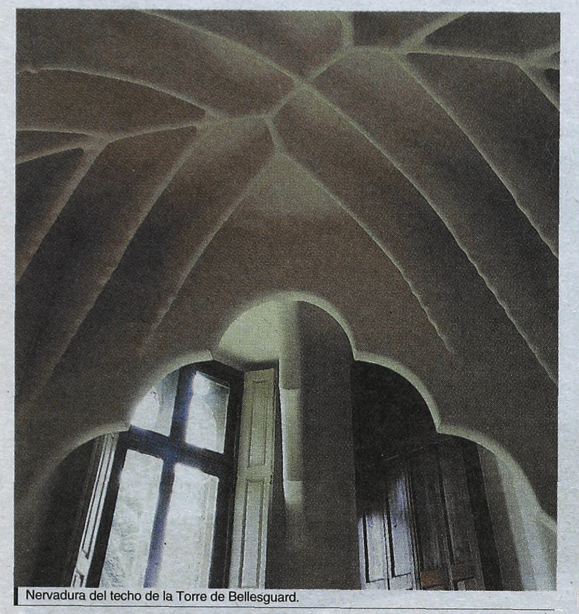
"No lo dude, señor arquitecto, la arquitectura del futuro será como la obra del genial Gaudí: peluda y blanda", cuenta Oscar Tusquets Blanca que le espetó Salvador Dalí a un Le Corbusier anonadado. "La originalidad consiste en retornar al origen", señalaba Gaudí sin equivocarse. Porque las columnas inclinadas asemejan dos piernas separadas que sostienen mejor un torso que con los pies juntos, el caracol inspira a la escalera y una mano (divina) abierta e invertida deja en sus huecos el molde de las torres góticas de una catedral, la arquitectura gaudiana es de por sí un homenaje a la Creación. Y si la creatividad continúa consistiendo en proponer conexiones renovadas a materiales preexistentes, visitar Barcelona en algún "circuito Gaudí" admite diversas opciones. En todas, sin embargo, el templo expiatorio La Sagrada Familia ha de ubicarse al principio o al final, al modo de preámbulo o colofón. La obra a la cual Gaudí dedicó fanática devoción desde 1883 hasta que un tranvía terminó con su inspiración más de cuarenta años después, sigue *inconclusa* o, mejor dicho, en estado de terminación permanente, y mantiene en Catalunya un debate extraterritorial a la religión y a la arquitectura misma. Si los parisinos toleran desde hace siglos que su Notre Dame siga sin terminar, la persistencia de los catalanes en discutir en torno de La Sagrada Familia ya no parece estética sino más bien política, es decir histórica.

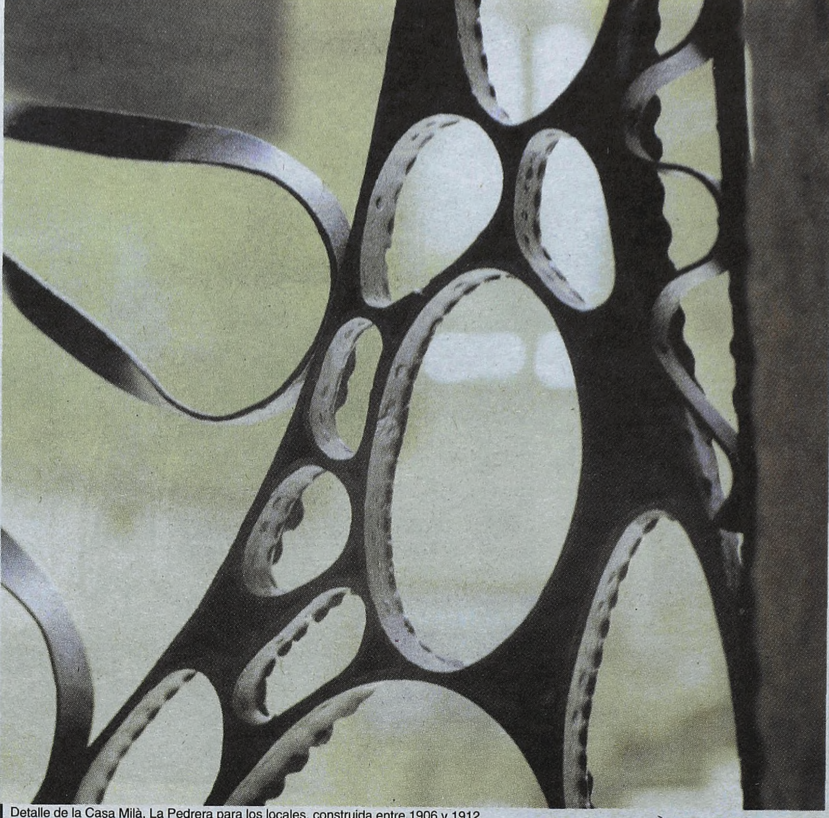
PASEO GAUDIANO De ida o de vuelta, a diez cuadras del templo andando por la calle Provença, el paseo gaudiano ha de comprender las espléndidas mansiones que engalanan el Eixample burgués, opulento, de Barcelona. Comenzando por la Casa Milà, La Pedrera para los locales, construida entre 1906 y 1912, que se distingue omnímoda en la esquina con el Passeig de Gràcia (frente a la estación Diagonal del metro) con sus muros-cortina de piedra calcárea, pilares y grandes ventanales de hierros reciclados y la azotea desnivelada al ritmo de chimeneas ondulantes donde ninguna línea –al igual que en la naturaleza– es recta. Declarada Patrimonio Histórico de la Humanidad en 1984 por la Unesco, el conjunto produce la proeza de sugerir en una fachada de piedra la ligera mutación de las olas.

Cuatro cuadras hacia el Mediterráneo, la Casa Batlló (1904-1906), en el Passeig de Gràcia 43, antepone el color a la luz dentro de un espacio original que Gaudí debió remodelar a fin de otorgar secuencia al vestíbulo, la escalera principal y el patio central. Contraste con un exterior dotado de columnas de piedra que replican articulaciones óseas, barandas de hierro en forma de antifaz y azotea de cerámicas vidriada que evoca la cola de un dragón. Ondulante delirio (los catalanes de ningún modo temen la palabra) que enlaza las dos magníficas casas contiguas, a su vez paradigmas del modernismo, la Casa Amatler (1900) de Puig i Cadafalch con su fachada esgrafiada de motivos florales y la Casa Lleó i Morera (1905) del tablero de Domenech i Montaner cuyas formas modernistas clásicas introducen sobriedad al conjunto.

De diseño experimental, el Palau Güell (1886-1888) del Carrer Nou de la Rambla 3 es una suntuosa vivienda dedicada a su mecenas Eusebi Güell Bacigalupi. Muestra una estructura medievalista de aires musulmanes y neogóticos organizados en torno de un patio interior dispuesto en forma radial de modo que la luz alumbra hasta el más ínfimo rincón a medida

arquitecto


Nervadura del techo de la Torre de Bellesguard.


Detalle de la Casa Milà, La Pedrera para los locales, construida entre 1906 y 1912.


Retrato de Antonio Gaudí, 1878.

ENTRE EL HIERRO Y EL TRENCADIS

Hijo de caldereros de Reus, Gaudí conoció en profundidad el arte de la forja. Proyectó rejas preparando maquetas de plomo para facilitar la tarea de los herreros. Se observa en las puertas y el escudo de Catalunya del Palau Güell, la puerta de dragón de la finca de Les Corts de Sarriá, los balcones de La Pedrera o la cancela del Colegio Tersiano.

Las populares mesas de jardín confeccionadas en cemento y tapizadas de azulejos rotos son el remedo del trencadís, la técnica inventada por Gaudí en el picadero de la finca de la avenida Pedralbes. No se trataba de un capricho eso de romper los mosaicos y pegarlos sobre los planos exteriores. Era necesario a fin de fijarlos sobre superficies siempre curvas. El trencadís trabaja sobre el azulejo con sus propios dibujos que, troceados, componen piezas decoradas con sus correspondientes diseños. El Park Güell es la máxima expresión imaginativa y de composición. Está en todas partes. En la fachada de la casa Batlló o en la torre de Bellesguard obtuvo brillo utilizando vidrios rotos procedentes de la fábrica Pelegri.


Afiche del Año Internacional Gaudí.

que lame los muros policromados.

Fue para el magnate, precisamente, para quien Gaudí desarrolló el mayor número de obras, destacándose su incursión paisajista en las quince hectáreas del Park Güell (1900-1914), inicialmente una ciudad jardín de lujo, con los célebres bancos-baranda de la explanada y la ornamentación en trencadís (ese reciclaje de mosaicos rotos que tantas variantes ha ofrecido), la misma que cubre al lagarto (Javier, dicen que se llama) dela escalinata de acceso. Incluye la casa donde Gaudí habitó durante veinte años y que, por cierto, no es de su tablero sino de Francesc Berenguer; hoy alberga una exhibición del mobiliario diseñado por el arquitecto a la vez que permite conocer las habitaciones privadas.

Proyectada al siglo XXI, la obra de Gaudí se multiplica sobre un mundo que pretende, otra vez, ser racionalista y productivo, como afirma el arquitecto Josep María Montaner, lejos "de las aspiraciones humanas, las leyes formales de la naturaleza y la necesidad de fantasía". Por eso, sigue, el mensaje de Gaudí es "síntesis del 'logos' y el 'pathos', de la lógica y el sentimiento, de la razón y la imaginación, es clave para la Europa contemporánea". No sólo para Europa.


Visite Santa Cruz
Santa Cruz
PATAGONIA
Subsecretaría de Turismo
Río Gallegos (9400)
Tel: 02966-422702 Fax: 438725
Av. Roca 863 E-mail: tur@spse.com.ar
Capital Federal (1008)
Suipacha 1120
Telefax: 011-4325-3098 / 4325-3102
E-mail: infosantacruz@interlink.com.ar